

CABRION A SUS LECTORES.

 SIMPLE espectador de la lucha que tantos y tan ilustrados escritores han estado sosteniendo en defensa de nuestras instituciones, villanamente atacadas por el clericalismo, me ha venido á las mientes que, si he sido capaz de llevar el poco valioso contingente de mi sangre, como insignificante ofrenda debida á la patria, y mi pequeño esfuerzo para combatir al lado de ilustres campeones por nuestra independencia, por la libertad y por esas mismas instituciones, cuya conquista ha costado un raudal de sangre y de lágrimas ¿por qué hoy, en presencia de mis escasas facultades, me he de abstener de contribuir con mi pequeña ayuda en la arena periodística, cuando la verdad, para triunfar de sus enemigos, no necesita de las flores de la oratoria ni de la galanura del lenguaje?

Mi humildísima prosa y mi oscura personalidad van á ser víctimas de la calumnia y de la procacidad proverbial de los descendientes de Hildebrando (á) San Gregorio y del capitán Loyola, pero ¿qué importa? esto no bastará á detener el curso de mi pluma, como tampoco entibiará mi humanitario propósito de presentar con sus verdaderos colores al llamado catoli-

1

cismo y sus ministros, la burla que en estilo guasanguero, á falta de razones, acostumbran emplear los sacristanes, esos abyectos parásitos de prelados impostores.

Diré la verdad desnuda y sin ambages; no seguramente con la esperanza de que haya entre la langosta clerical quien tenga bastante virtud para confesarla, sino para que esa verdad sea conocida; pues aunque abundan en la República millares de personas, para quienes no puede ser extraño su conocimiento, ni todas tienen bastante independencia para colocarse en frente de una sociedad fanatizada, ni suficiente valor para arrostrar las iras de aquellos para quienes *no hay medio reprobado con tal que conduzca al objeto propuesto* y en este caso la verdad permanece velada para las muchedumbres, de cuyo sudor viven holgadamente esos fulleros, autorizados para explotar los pueblos, espantándolos con mil embustes y patrañas que no tienen ni el mérito de la originalidad.

Para destruir esos negros acridios que asuelan la viña del SEÑOR, no son ya necesarios soldados, cañones ni bayonetas, no; lo que se necesita es arrojar al viento de la publicidad verdades que, aunque comenzaron á ser conocidas desde que el ilustre Guttemberg devolvió á la humanidad su perdida memoria, apenas podían fulgurar en las conciencias ilustradas con tímidos destellos, hasta que en la época de los enciclopedistas ensancharon sus límites y dieron mérito á la ciencia, para que se encargara de su más amplia y satisfactoria justificación.

¿Cuáles, pues, podrán ser esas verdades que basten á destruir el miserable prestigio que, con vergüenza del sentido común y con afrenta de la razón, conserva aún esa casta de embaucadores, que por tantos siglos ha podido tener en sus manos los destinos de los

pueblos? Esas verdades son las que me propongo revelar, y las que probaré con la inflexible historia, con los libros sagrados, con las doctrinas de los llamados *Santos Padres* y con la autoridad de los escritores mejor reputados.

Penoso, no obstante, me será verme obligado á remover las cenizas de los que fueron, para relatar con todas sus poridades cuáles han sido los horribles, los espantosos crímenes que forman la vergonzosa historia de los llamados Vicarios de Dios en la tierra; la suprema inmoralidad del Jesuitismo, expresada con tan repugnantes colores por los casuistas Mayar, Oliverio, Suárez, Escobar, Sánchez y Vázquez, que pueden pasar por los más acabados modelos de este género; los inmundos pormenores que forman el contenido de los *«Guías de Confesores,»* recopilados por Burchard, obispo de Worms; los escándalos cometidos con una desvergüenza sin ejemplo por los comisionados para la venta de las indulgencias; las bulas de composición que absuelven al ladrón y lo desatan de la obligación de restituir, con tal que dé una parte á la Iglesia; la escandalosa bula de Juan XXII, que asigna un precio para la remisión de cada pecado, sea del linaje que fuere; los crímenes de los cónclaves, las disidencias de los concilios y sus palpables contradicciones, y todo cuanto pueda contribuir á la justificación de nuestras afirmaciones, hasta hacer comprender á esos parásitos de sacristía, lo mismo que á la taimonía clerical, que quien tiene tejado de vidrio no debe arrojar piedras al del vecino.

Veamos ahora, caballeros de *La Voz y El Tiempo*, si el que actualmente atravesamos os es realmente propicio para desataros en injuriosas calumnias contra la memoria, mil veces bendita, del ilustre Juárez; si habéis creído que del desprecio, indiferencia ó genero-

4

sa tolerancia del Gobierno debéis formaros un escudo para insultar impunemente á nuestras leyes y á nuestras autoridades; si os habéis soñado ya en el apogeo de vuestro triunfo sobre el liberalismo y la masonería, vuestra eterna pesadilla. Veamos ahora cuál es vuestra fuerza para batallar defendiendo una tan mala causa, y ya veremos si quedais tan bien parados, como os suponéis, cuando hayamos terminado la exposición de todas vuestras imposturas, falsificaciones, plagios, robos, asesinatos, perjurios, envenenamientos, conspiraciones, lenocinios, especulaciones vergonzosas, exacciones inmundas, ventas de indulgencias, nepotismo criminal, seducciones infames, mancebías nauseabundas, infanticidios atroces, tomas de ciudades á sangre y fuego, degüellos á granel, quemazones de inocentes, persecuciones espantosas y los millares de supercherías, socaliñas y trampantojos de que os habéis servido y os seguís sirviendo para robar, á ojos vistos, á las meticulosas víctimas de vuestro inicuo proceder.

Perdonad queridos lectores mi distracción; creía estar ya hablando con la canalla clerical.

EL CLERO NO ES CRISTIANO NI CATOLICO.

COMO consecuencia de lo que en mi carta anterior os dije comenzaré en ésta por asentar lo siguiente.

El clero romano, que á sí mismo se ha llamado cristiano, católico y apostólico, se ha engalanado con pomposos títulos que no le pertenecen.

No es cristiano, ni apostólico porque á este nombre sólo es acreedor el que cree, observa y enseña las doctrinas del Cristo y sus apóstoles, y esta pandilla cree, observa y enseña todo lo contrario; por consiguiente está fuera de la comunión cristiana, es decir, *excomulgado*.

Extraño dede parecer á los excomulgadores de oficio que se les arroje á la cara semejante afirmación, pero esto no los hará cambiar de rumbo.

Nada de cuanto forma el ostentoso aparato del llamado catolicismo, he podido encontrar en el Evangelio, hechos y cartas de los apóstoles; dogmas, misterios, sacramentos, gerarquía eclesiástica, ornamentos, liturgia, ritos y ceremonias ajustadas á la rúbrica romana, nuevos preceptos, nuevos dogmas, nuevas doctrinas, y las mil y mil socaliñas clericales forman un

nuevo evangelio, verdadera y repugnante antítesis del Evangelio cristiano; y de estos fabricantes de evangelios es de quienes en un tono profético dice el apóstol San Pablo: «Mas aun cuando nosotros mismos, ó un ángel del cielo os evangelice, fuera de lo que nosotros os hemos evangelizado, SEA ANATEMA.»⁽¹⁾

Y continúa: «Como antes lo dije, ahora también de nuevo lo digo: Si alguno os predicare fuera de lo que habéis recibido, SEA ANATEMA.»⁽²⁾

¿Puede quedar mejor probado que el clero romano, lejos de ser cristiano, está fuera de aquella comunión? ¿Cabe interpretación posible á un texto tan terminante? ¿Puede citarse en apoyo de esta verdad opinión más autorizada que la del apóstol de los gentiles?

Tampoco es católico, porque esta palabra significa *universal*, y el romanismo no es universal, puesto que de los 1,400 millones de habitantes que pueblan la tierra, se puede afirmar que no hay 200 que realmente crean en los absurdos que enseña el catolicismo.

El catolicismo es una secta compuesta en su totalidad de plagios hechos á otras religiones. Y nos bastará para probarlo, la unísona opinión, sobre este punto, de muchos sabios indianistas que han viajado hasta el extremo oriente, haciendo una exploración científica de sus libros sagrados, sus tradicionales costumbres, su cronología, legislación, ciencias y artes, sus colosales y elocuentes monumentos, sus pagodas, sus asombrosas criptas abiertas y talladas en el corazón de las montañas, que están testificando la tan antigua como levantada civilización oriental, y muy particularmente los irreprochables William Jones, Burnouf, Collebrook, Lassen, Wilson, Halled, y últimamente Luis Jacolliot, que tanta luz ha derramado sobre la verdadera filiación

(1) Epístola á los Gálatas, cap. 1.º verso 8.

(2) En el verso 9.

de los pueblos, sus leyes, su idioma, su religión y su verdadero origen; y el ilustrado é infatigable Vizconde de Torres Solanot, sintetizando el valioso tesoro de conocimientos que encierran las numerosas obras de este ilustre escritor, en su precioso libro «*El Catolicismo antes del Cristo*» en cuyo prólogo el Dr. Huelbes Tenprado, dice: «No se nos quiere obligar á reverenciar un mito, no se simboliza en el Catolicismo un pensamiento, ni se instituye un culto cuya explicación, cuyo origen no se encuentre en los libros sagrados de la India.»

Emilio Lefebre, en sus *Ettudios Filosóficos* dice: «Es curioso notar, con Abel Remusat, los puntos admirables de semejanza que existen entre las instituciones, las prácticas y las ceremonias que constituyen la forma exterior del Budhismo, principalmente en el Tibet, y las que son propias de la iglesia romana. Allí se encuentra un papa pontífice supremo, patriarcas encargados del gobierno espiritual de las provincias; un consejo de sacerdotes superiores que se reúnen en cónclave para designar al soberano pontífice, y cuyas insignias se parecen á las de nuestros cardenales; conventos de frailes y de religiosas; oraciones por los muertos; confesión auricular; intercesión de los santos; ayunos; besos de pies; letanias; agua lustral, etc. . . . La admiración aumenta también cuando se considera que todas estas prácticas estuvieron en uso en el budhismo diez siglos, es decir, mil años antes del principio del cristianismo.»

Aquí deberían terminar nuestras pruebas, pero para edificación de la pandilla clerical, veamos por último como se explica el padre Huc en su obra titulada *Souvenir d'un voyageur dans la Tartarie et le Tibet*. Dice así hablando del budhismo:

«No se puede evitar ser sorprendido de su relación con el catolicismo; el báculo episcopal que llevan los

«grandes lamas, así como al mitra, la dalmática, la
 «capa pluvial que portan cuando viajan, ó cuando ha-
 «cen alguna ceremonia fuera del templo, el oficio de
 «dos coros, la salmodia, los exorcismos, el incensario
 «suspendido de cinco cadenas y pudiéndose abrir y
 «cerrar á voluntad, las bendiciones dadas por los lamas
 «extendiendo la mano derecha sobre la cabeza de los
 «fieles, el rosario, el celibato eclesiástico, las letanías,
 «el agua bendita; hé aquí otras tantas relaciones que
 «los budhistas tienen con nosotros.»

Queda, pues, probado que el clero romano no es
 cristiano, católico, ni apostólico, y que la secta de que
 se llaman ministros un verdadero arlequín compues-
 to en su totalidad de robos hechos á otras religiones.

EL CLERO ES ROMANO.



ONSTANTE en mi tarea de evidenciar tanto á la sec-
 ta romana como á sus ministros, continuaré en
 esta carta ocupándome de ella y de ellos.

El clero católico se ha llamado también romano; en
 este punto tiene razón y está en su perfecto derecho, no
 sólo porque profesa la religión romana, sino también
 porque desde el momento en que cada uno de sus miem-
 bros se hizo ministro de ella, renegó de su patria, rehu-
 só el honor de ser llamado ciudadano mexicano y se con-
 virtió de hombre libre en súbdito de un déspota extran-
 jero, en instrumento servil de sus antojos y en jurado
 enemigo de toda institución que de algún modo pueda
 oponerse á las miras, siempre ambiciosas, de su amo, ó
 á los intereses, siempre bastardos, de la perniciosa co-
 lectividad á que pertenece.

Nuestro Código fundamental garantiza el libre ejer-
 cicio de toda profesión, industria ó trabajo, siendo *útil*
 y *honesto*. Perfectamente; mas es el caso, que hasta hoy
 no sabemos cómo llamar á ese ejercicio de cuyo fruto
 viven holgadamente desde el *infalible* hasta el último
 monigote. La principal dificultad queda en pié, que es
 la condición de que ha de ser *útil* y *honesto*. Y cómo

podrá llamarse honesta la secular tarea de embrutecer á los pueblos para explotarlos sin la menor dificultad? ¿Cómo puede llamarse honesta la ocupación de embaucar á las gentes sencillas, divertir á los ignorantes con groseros embustes y patrañas, y asustar á los medrosos con el diablo, el infierno y las penas eternas, aun en los últimos momentos de la vida, en demanda de un legado para la Iglesia ó los pobres (frailes)? ¿Es honesto vivir en eterna pugna con los gobiernos y sus autoridades, predicando la desobediencia á las leyes, sembrando la discordia en las sociedades y vomitando injurias y calumnias contra personas las más respetables, por sólo el hecho de no pertenecer á su comunión?

En cuanto á la utilidad de su lucrativa ocupación, nada diremos, porque si es cierto que lejos de ser útil es altamente nociva á la sociedad que los mantiene y engorda, estando siempre de haraganes; también lo es que si los gobiernos toleran tan pernicioso ejercicio, de hecho queda sancionada la ganancia que el clero puede recoger, como producto del fraude y del engaño.

Y ¿qué diremos de los altisonantes títulos y tratamientos que se dan á sí mismos y se han dejado dar por sus aduladores los llamados *Papas Infalibles, Sumos y Soberanos Pontífices, Vicarios de Jesucristo, Lugartenientes de Dios, Santidades, Santos, Santísimos y Beatísimos Padres, Luz del Mundo, Sal de la Tierra, etc.*, y de quienes después de llevar la triple corona, hacerse besar los piés y de empingorotarse sobre todo el mundo, concluyen con la hipócrita y risible *servus, servorum Dei*?

Motivo es y grande de estupefacción, considerar que aún hoy se den á esos impostores semejantes títulos y tratamientos, y motivo es también para preguntar á quien quiera tomarse la molestia de contestarnos. ¿Habrá en todo el Orbe cristiano, quien de buena fé pueda

llamar vicario de Dios á Gregorio VII, de quien dice la historia que envenenó á siete papas para llegar al solio pontificio? ¿Que después de sus culpables amores con Beatriz, á quien hizo estrangular, vivió en concubinato con Matilde, hija de aquella, mientras empleaba toda su autoridad para que se llevara á efecto el celibato eclesiástico? ¿Cuál será el concepto que deberá tenerse de las canonizaciones, cuando vemos hacerse un San Gregorio, del asesino, incestuoso y concubinario Hildebrando, quien además ha muerto maldiciendo á sus enemigos y bendiciendo á los sencillos que creen que un papa tiene facultad de atarlo y desatarlo todo?

Nadie podrá, sin escuchar un mentís de su conciencia, llamar *Beatísimo Padre* á un Alejandro VI, de quien dice la historia que vivió en criminal concubinato con Rosa Vanozza, después de muerta la madre de ésta y de encerrar en un convento á su hermana, habiendo tenido con las tres comercio carnal..... que después de haberse hecho papa con una hipocresía sin ejemplo y comprando sus votos á los cardenales, instaló en su palacio á su familia, compuesta de Rosa y de cinco hijos que ésta le había dado. Hay más; Lucrecia, su única hija, llegando á la edad núbil, pasó á ser su concubina y Alejandro siguió y estuvo toda su vida en criminal é incestuoso comercio con ella, de cuyas complacencias participaban sus hijos Francisco y César. Finalmente, en sociedad con este último, cometió tantos y tan enormes crímenes que espantaron al mundo, y no hay aliento para atreverse á relatarlos ni tampoco idioma al cual se puedan traducir?

¿Quién tendría el valor de llamar *Santísimo Padre* á Sixto IV que autorizó el crimen nefando ó sodomítico en los tres meses calurosos del año: Junio, Julio y Agosto, á petición de los impúdicos y desvergonzados Larróbere, Riario y San Lucas, poniendo al margen del ocur-

so el tradicional *Fiat ut petitur*, como lo piden?

¿Cómo podría llamarse á este bandido, no sólo Vicario de Dios, pero ni aun cristiano, habiendo concertado el asesinato de los hermanos Julián y Lorenzo de Médicis con el cardenal Larrobere, el obispo Salviati, el sacerdote Estéfano y la familia de los Pazzi, determinando como lugar á propósito la capilla de Santa Reparata, estando en misa, y dando para señal de la ejecución la elevación de la hostia, según refiere el canónigo D. Juan Antonio Llorente en su *Retrato Político de los Papas*?

Aunque estas son verdades de Perogrullo, las conocerán los pocos que las ignoren, y dejarán edificados á los redactores de los papeluchos clericales, á los elezizontes, á los clericaleros y hasta á las cucarachas de iglesia y ratas de sacristía.

LA BIBLIA NO HABLA DE LA CREACION ANGELICA.

Si mi propósito fuera solamente el de poner en evidencia á cada uno de los papas, dedicando á su memoria, á guisa de epitafio, la negra historia de sus crímenes, mi trabajo no sería estéril, pero cansaría la atención de las personas que me favorecen leyendo mis cartas, con la monótona repetición de crímenes sin nombre y de tantas atrocidades cuantas parece imposible que pueda concebir el espíritu más depravado de cuantos existen sobre la tierra; y me bastará decir que, con excepción de diez ó doce, á lo más, que habrán ocupado sin escándalo tan encumbrado asiento, el resto de tan numeroso catálogo, han merecido la cuerda del verdugo.

Quiero emplear, pues, todo el poder de mi voluntad y mis escasos conocimientos, en edificar un infranqueable muro que separe, de un modo claro y preciso, la religión cristiana, que profeso y respeto, de la secta católica que es una inmunda y torpe falsificación de aquella, señalando, como prueba de mis asertos, la procedencia de cada uno de sus dogmas, misterios y sacramentos; dejando ya probado cuál es el origen de sus ritos y de sus ceremonias.